

LOS NIÑOS

REVISTA QUINCENAL DE EDUCACION Y RECREO.

DIRECTOR: D. CARLOS FRONTAURA.

DIÁLOGOS DE NIÑOS.

EL día de Reyes reuniéronse los niños, mis vecinos, con objeto de enseñar cada uno lo que habia recibido de regalo en tan solemne fiesta.

Juanito y Ana, para quienes todos los días del año son de Reyes, pues raro es el que pasa sin que sus padres les hagan algun regalo, porque el distinguido ingeniero gana muchísimo dinero, bien que le cuesta largas vigili-
as y trabajo incesante ganarlo, no hacian, en verdad, grande aprecio del suceso, para ellos tan frecuente. Poseian algunos juguetes más, no mejores que los que durante el año anterior han recibido, y esto era todo.

Así, en el mundo, hijos míos, los que todo lo poseen se ven privados de grandes placeres que á las veces go-

zan los pobres, y, por el contrario, si los azares de la suerte les llevan á sufrir contrariedades y desventuras, entonces son mucho más desgraciados que los que fueron siempre pobres.

Andresillo y Soledad, en cambio, no cabian en sí de gozo, porque al despertarse por la mañana, el primero habia encontrado en la repisa de la ventana una bonita caja de colores para iluminar estampas, á lo que tiene mucha afición, y Soledad un neceser con su dedal, su tijera, sus agujas, su alfilerero y otros objetos muy útiles para una niña trabajadora.

Y cuando los niños todos estaban viendo la caja de pinturas, entró en el jardín la señora madre de la linda y embusterilla María, que, por cierto, estaba así como de mal humor.

—Buenos días, niños míos, dijo la señora á todos, y á todos les besó cariñosamente, pero á su hija la besó y

la abrazo con viva emoción, y le dijo:

—Hijita mía, estos besos y estos abrazos te los doy en nombre de una familia que bendice el tuyo, y este es el regalo de Reyes que te traigo.

—¿Cuál? preguntó un poquito amostazada la niña.

—Te traigo el mejor don, la gratitud de unos padres y unos niños desventurados. Ayer, hija mía, tuviste el capricho de que te comprase aquella muñeca tan bonita que había en el escaparate de la *Dalia azul*; quise satisfacer tu



capricho, pero la muñeca valía diez duros, y yo, que soy pobre, no tenía reunidos, privándome de algo preciso para mí, mas que cinco. Por cinco no me daban la muñeca, y tú, hijita mía, en lugar de resignarte á tomar la muñeca ménos lujosa, te empeñaste en que había de ser aquella ó ninguna. No pude convencerte con mis cariñosas palabras; despre-

ciaste mis reflexiones, y volviste á casa con ese gesto que todavía veo en tu carita. Pues bien, los cinco duros, que has despreciado tan soberbia, los

acabo de dejar en la miserable boardilla donde viven, muriendo, aquella buena mujer, que fué nuestra honradísima criada, baldada, su marido sin trabajo, y sus cuatro hijos que se mueren de hambre. — María, mi hija, les he dicho, sabiendo la situación en que se hallan Vds., y compadeciendo su inmerecida desgracia, ha querido que

sea para Vds. lo que yo le iba á emplear en un regalo de día de Reyes. Figúrate con que agradecimiento habrán recibido los pobres este consuelo. Has hecho, pues, una buena acción, y otra vez, niña mía, no serás tan soberbia ni caprichosa, ni darás pesar á tu madre con tu ingratitud.

La pobre María se ha puesto más colorada que la grana, y rompe á llo-

rar sin consuelo, pero no sin consuelo, porque su madre la abraza, la besa, la colma de caricias y le dice las frases más dulces y tiernas, esas frases que sólo saben decir las madres, hijos míos.

Los amiguitos de María también la consuelan, y en este punto aparece Ramon, el huérfano, que baja de la habitación de su abuelo con un cuaderno en la mano, gritando:

— ¡Los Niños! ¡Los Niños! aquí estamos nosotros.

— Ramon trae el primer número de *Los Niños*, que le ha regalado su abuelo.

— Ahora, dice, ahora sí que tenemos que ser buenos, porque aquí, en este periódico, nuestro vecino del 3.º, nos ha sacado á todos en letras de molde. Aquí cuenta como nos llamamos, lo que decimos, lo que hacemos, hasta lo que pensamos. Es como cuando el año pasado, era mi abuelito diputado, que los papeles ponían lo que hablaba. Aquí habla de Andresillo....

— ¿De mí?

— De Soledad, de Juanito, de Ana, de todos nosotros, y dice de María, algo que no le vá á gustar.

— ¡Jesús! ¿de mi hija?... pregunta asustada la madre de María.

— Sí, sí, añade Ramon, dice que es curiosa y algo embusterilla.

— ¡Válgame Dios! ¡qué picardía! exclama la excelente madre. Vamos, vamos ahora mismo á decir al vecino

del 3.º, que rectifique esa noticia que no tiene fundamento.

CÁRLOS FRONTAURA.

HISTORIA DE UN OCHAVO.

I.

El Numismático.



Al oír el campanillazo, Don Facundo movió ligeramente la cabeza y se dijo:

— ¿Habrán salido?

Después volvió á acercar la lente á una cosa que

parecía una moneda; pegó el ojo á la lente é inmóvil quedóse, formando hombre, lente y moneda una sola pieza, que luego se descompuso al sonar otro campanillazo.

—Habrán salido, repitió, pero esta vez afirmando.

Después de un momento de vacilación se levantó. Antes de salir del gabinete dirigió una mirada á la mesa, encima de la que quedaba la moneda y á su lado la lente, y se encaminó hacia la puerta murmurando:

—¡No hay duda! Pertenece á Neron; pero ¿á qué época?

Se detuvo delante de la puerta que comunicaba con la escalera, y siguió hablando solo, quedándose al cabo de un rato con la boca abierta, mirando á su alrededor y preguntándose:

—¿A qué he venido yo aquí?

Fijóse en la campanilla y exclamó:

—¡Ah! Ya recuerdo.

Abrió muy á tiempo¹, pues la persona que habia llamado se marchaba. Parada quedóse, y con mucha timidez preguntó á D. Facundo:

—¿Está la señora?

—Ha salido, pero no puede tardar en volver. ¿Qué se le ofrece á V.?

—Me han dicho que están Vds. sin criada.

—¡Ah! ¿Sin criada? Entre V.; estas son cosas de la señora. Tome V. asiento. ¿Está V. segura de que estamos sin criada?

La persona á quien D. Facundo dirigía la pregunta, que era una jóven de quince años, miróle sorprendida y le dijo:

—¿No pertenece V. á la familia?

—¿A qué familia?

—La que ocupa este cuarto.

—Soy el jefe de ella.

—¿Y no sabe V....?

—Esto es lo que me trae preocupado.

—Pues me parece cosa muy sencilla el averiguarlo.

—Hasta ahora no lo he logrado, pero sospecho con fundamento, aunque el busto está muy estropeado, que pertenece á la primera época de Neron.

La jóven comenzó á temer que estaba delante de un hombre cuyo juicio dejaba mucho que desear. D. Facundo continuó:

—Unas veces los bustos de las monedas están desnudos, otras veladas las cabezas, y tambien con la corona de laurel, ó sea laureadas. La corona radiada, imitación de los rayos del sol, si bien se reservaba para los dioses, se encuentra en una moneda esmírne de Calígula y en otras de Neron, hasta fines del siglo III. Que la moneda es de Neron, no cabe duda; pero como la parte superior del busto está completamente echada á perder, no puedo fijar si tenia corona radiada, y este es un dato indispensable. ¿Comprende V.?

—Señor, dijo la jóven, nada comprendo de lo que V. me dice, pues en lo único que soy algo entendida es en coser, planchar, arreglar la casa; y tambien puedo encargarme de la cocina, si los señores no son muy exigentes.

A D. Facundo le pasó lo que al que despierta después de haber soñado, y

como abstraído en sus investigaciones numismáticas, soñaba despierto con mucha frecuencia, no era para él nuevo el caso. Tenía cincuenta años, y desde muy joven había comenzado á coleccionar monedas, gastando en reunir las una fortuna, que su esposa afirmaba hubiera podido emplear en cosa más provechosa y que diera rendimientos. Había escrito una obra en dos tomos para aclarar el exergo GOMO ó GOMOB ó GORNOB que predomina en las monedas del Bajo Imperio, y después de mucho discurrir y citar textos de autores, entre ellos Erizzo, Rasche, Mangeart, Sertini, etc., llegó, al final de la página 623 del segundo tomo, á la siguiente conclusion: "Que unos opinaban una cosa y otros otra, habiendo propuesto una interpretation Vaillant y otra diferente Gússeme; y que, por lo tanto, no se sabia lo que el exergo significaba." Después de escrito esto, puso: "Fin," y quedó terminada la obra. Verdad es que algunos, que compraron y leyeron los dos tomos, se quejaron amargamente diciendo que habían perdido el dinero comprándola, y el tiempo leyéndola, para saber que el autor no sabia nada: pero como la obra estaba pagada y el tiempo gastado, sólo dejó de consolarse aquel que no quiso.

Cuando D. Facundo se empeñaba en el exámen de una moneda ó medalla, cuya clasificacion ofreciera grandes dificultades, por estar gastada ó por

otra causa cualquiera, se abstraia hasta tal punto que prescindia de cuanto le rodeaba, y así no es de extrañar que ignorara si estaba sin criada. Una vez empleó dos semanas en clasificar una "incusa", ó sea una de esas monedas que tienen relieve por un lado y en el otro sólo una concavidad; y su abstraccion llegó á tal punto que un dia estuvo comiendo la sopa con el tenedor, se echó vino en el plato, y al servirse el cocido le puso en el vaso. En estos casos su esposa no se atrevia á dirigirle ninguna observacion, porque se incomodaba y decia que á las mujeres sólo les interesan las nimiedades. Si la joven no le recuerda que había ido allí para colocarse de criada, se está dos horas hablándole de la moneda de Neron, que hacia una semana le tenia fuera del mundo de la realidad. Era muy capaz de hacerlo, pues en una ocasion salió para Guadalajara, á donde le llamaba un negocio urgente; y como al dirigirse á la estacion, con el propósito de tomar un coche en la Puerta del Sol, se detuviera en el puesto de libros viejos de la calle del Arenal y viera una obra de numismática de autor para él desconocido, compróla, púsose á leerla al entrar en el wagon, dejó atrás la estacion de Guadalajara, y al amanecer del siguiente dia se encontró en Zaragoza, con gran sorpresa suya y sin lograr darse cuenta de cómo había ido á parar á la inmortal ciudad.

Las palabras de la jóven obligaron al numismático á fijarse en ella con la atención del que tiene delante algo extraño, pues para él lo era que le hablaran de coser, planchar y guisar cuando estaba discurrendo sobre un punto tan interesante como clasificar una moneda; pero la realidad se le impuso, y á ello contribuyó el aspecto de aquella desconocida. Era alta, delgada, de cabello negro, ojos rasgados, pero de mirada melancólica; labios rojos y contraídos por algo que parecía tristeza, bastando mirarla para comprender que el llanto le era más familiar que la risa. Un numismático puede fijarse en estos detalles, en particular si tiene un corazón tan excelente como D. Facundo, que era muy bueno, muy sensible y de aquellos que desean que todo el mundo sea dichoso. Olvidó por un momento á Neron y preguntó á la jóven:

— ¿Desea V. entrar de criada en mi casa?

— Sí, señorito.

— Es V. muy jóven.

— Quince años.

— Como se llama V.?

— Luisa.

— ¿Luisa qué?

— ¡Ah, señorito! ignoro mi apellido.

— ¿Cómo es posible? ¿Le ha olvidado V.?

— Le he olvidado, contestó con acento de profunda melancolía.

— ¿No ha conocido V. á sus padres?

— Sí, pero era muy niña.

— ¿Han muerto?

— No lo sé.

— ¿De dónde es V.?

— De Galicia.

— Es extraño que no sepa V. su apellido ni si viven sus padres.

— La desgracia convierte en naturales, cosas que parecen imposibles.

— ¿Es V. desgraciada?

— Como la que está sin amparo en el mundo.

— El de Dios jamás falta.

— El me vale.

A medida que Luisa iba hablando, más triste era su acento y se conocía que debía violentarse para contener las lágrimas que á sus ojos se agolpaban. Don Facundo no quiso continuar su interrogatorio porque comprendió que evocaba recuerdos que hacían sufrir á la jóven, y puso término á la conversacion, á lo cual contribuyó el campanillazo que anunció á su esposa. Cuando D.^a Gertrudis, que así se llamaba, hubo entrado, le dijo:

— ¿Necesitas criada?

— Sí.

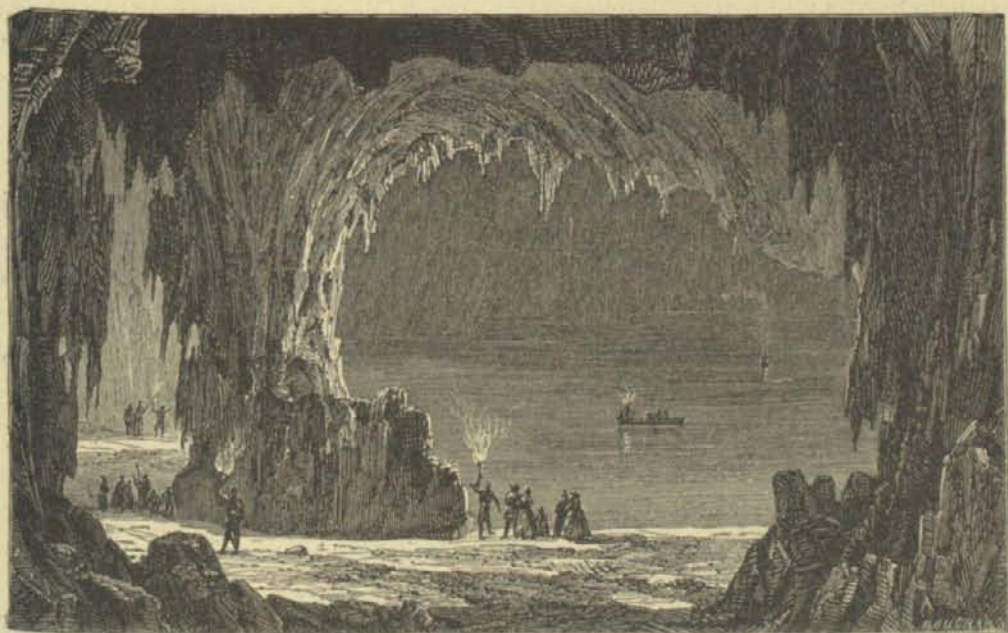
— Luisa te conviene.

Dicho esto se fué á su gabinete, cogió la moneda, le aplicó la lente, pegó á ésta el ojo derecho y murmuró:

— No hallo vestigios de corona radiada. Debe pertenecer á la primera época de Neron.

TEODORO BARÓ.

(Se continuará.)



VIAJES PINTORESCOS.

CONTINUANDO nuestra relacion, te diré que, por ahora, basta como preparativo de nuestros futuros viajes saber lo que ligerisimamente he indicado sobre el modo de ser general de los buques; más adelante, no bien poseas mayores conocimientos especiales, adquirirás más fácilmente la idea algo compleja de lo que es por fuera y por dentro un buque, las circunstancias que debe reunir y cómo se inventó, se construye y gobierna: por de pronto nos embarcaremos (imaginariamente) en un esquife, y recorriendo el puerto de nuestra ciudad natal adquirirás nociones de cosas interesantes, tan ignoradas para tí como los desiertos de la Arabia, aún que por delante de ellas hayas pasado tantas y tantas veces, quizá distraído en cosas insignificantes.

—¿Con que, recorreremos el puerto?

¡cuanto me alegro! pero ¿no valdria más recorrerlo de veras en un bote y ver lo que hay allí sin necesidad de explicarlo?

—Ciertamente que valdria más: pero como tú no puedes disponer del tiempo que seria necesario para ello, no hay otro recurso que pasar revista rápidamente á lo que requeriría muchos días y no pocas fatigas para verlo bien: si tú hubieras de aprender por tí mismo lo que los maestros cuidan de enseñarte, y si las nociones de ciencias que adquieres en los libros debieses adquirirlas por tí mismo, aún que tuvieras el talento de cien sabios y la duracion de vida de cien matusalenes, podrias hacer nada de provecho. Con que, ea, á saborear cómodamente las fructuosas enseñanzas debidas á la experiencia, como á los infortunios de tantos navegantes y exploradores célebres, que entre todos han reunido el precioso caudal de la ciencia geográfica, y luego, si Dios quiere, y tienes ánimos para ello, podrás llegar.... á amar

con delirio tu casa y tu patria, después de andullear por el mundo en busca de aventuras científicas.

Escucha el consejo de un hombre, que es dos veces padre por ser tu abuelito, y dos veces hombre por ser marino. Correr mundo...., ¡qué hermoso es cuando se puede hacer sin peligro! y como siempre le hay, y la vida del hombre es muy corta, por muy rápida y feliz que sea su carrera, se encuentra viejo sin saber cómo, y sólo le queda de todo lo pasado un recuerdo muy triste, si el pobre anciano se ha visto privado de volver á su puerto, á su refugio, á su santo hogar; al seno de la familia.

Yo estoy seguro de que las aventuras que te contaré te embelesarán de tal manera que cuando tu madre te llame para comer sentirás no poder prescindir de acudir á su llamamiento, y darías de buena gana á cualquier pobre hambriento todas las meriendas del mundo: desde ahora me figuro que vas á soñar algunas noches que atraviesas en piragua algun encantado río de América, contemplando con admiración las innumerables y hermosísimas galas de la vegetación de los trópicos, mientras golpean el agua con acompasado ruido las pagayas de los negros, que cantan una melodía característica para marcar la medida de los simultáneos movimientos; creerás en lo mejor del sueño sumirte en una cueva ancha y oscurísima, alumbrada en parte por los rojizos resplandores de una tea que lleva el timonero en la diestra; cada recodo del camino te parecerá ser un animal fabuloso agazapado ó tendido desmesuradamente para abalanzarse de improviso sobre la misera barca y los que la tripulan, al deslizarse por las tranquilas y cristalinas aguas....

Pero ¿no oyes?... tu madre nos llama para la cena: su amoroso cuidado interrumpe mi cuento de hadas, rompe el sueño de un anciano y un niño, (sueños puros y tranquilos), siquiera sea para proveer á nuestra conservación y conveniencia! ¡Ojalá, hijo mío, querido vástago que llevas mi nombre sin mancha, último consuelo de mi honrada vejez, ojalá sea siempre el tranquilo acento de una madre, el que, en lo mejor, interrumpa tus ensueños!

EN EL PUERTO.

—Hoy está el mar tranquilo; un poco ménos de brisa y los innumerables palos de los buques del puerto se reflejarían en el agua.... ¿No te parece extraño un puerto? se asemeja á muy pocas de las cosas que hace el hombre con cal y arena: miralo desde aquí con este anteojo marino, y cuida sobre todo de que no te se caiga; él sirvió á Mendez Nuñez en el Callao... y es para mí una preciosa reliquia.

¿Vés bien el puerto y lo que en él pasa?

—Efectivamente, abuelo: se vé muy bien todo.

—Vé explicándolo.

—A la derecha sale un vapor y á la izquierda otro; en la popa de uno está escrito *Humberto*... lleva bandera italiana.

—Vá á la América del Sud: sin duda hay mucha gente sobre cubierta.

—Sí: hay mucha gente..... pero unos van muy bien vestidos y otros no..... me parece distinguir un ejército de operarios...

—Es una verdadera emigración: los pobres que aquí no encuentran trabajo van á las repúblicas Sud-americanas, á colonizar por cuenta de aquel gobierno el vasto y desolado país de los Andes.

—Sufrirán mucho allí.

—Más que aquí, con el aumento de un desengaño. ¡Ah! cuando veo que los españoles abandonan su patria me entristezco sin poderlo remediar. ¿Y á qué van....? á enriquecer con su trabajo la tierra extranjera... Dime, dime de otro vapor.

—El de más allá lleva bandera española y tiene por nombre *Emiliano*.

—Vá á Filipinas; mejor, al fin es una colonia española y de las más ricas, sino la más feliz: ¿has oído hablar de las desgracias que han caído sobre aquel bello rincón de tierra?

—Algo he oído de ello á papá.

—Pero todo es poco para expresar en vivos términos la extensión de los males que la naturaleza ha ocasionado allí.

—¿La naturaleza causa males?

—Y no pocos: pero no por ello deja de ser admirable y obra predilecta de Dios; esos sacudimientos tan frecuentes en los países tropicales son una terrible y necesaria compensación de los beneficios que en abundosa profusión derrama allí el Creador; esto te prueba que no hay paraíso sin serpiente, como no hay mares sin escollos ni vida sin pesares.

—Y esas calamidades, la peste, los terremotos y los huracanes ¿no se pueden conjurar?

—De ninguna manera: cabe sólo prevenirlos y aminorar sus efectos: la previsión y la caridad pueden mucho, pero no lo pueden todo: mas dejemos este particular tan triste, deseando que pronto recobre el archipiélago filipino su risueño y acostumbrado aspecto. ¿Ves otro buque mayor?

—Sí: veo una fragata con bandera inglesa: es la *Ame...*

—¿*Amethyst*?

—Cabalmente.

—Buena fragata: no há mucho ametralló al monitor peruano *Huascar*, recibiendo también duros embates: otro día te daré una idea de las terribles luchas navales...

JULIAN BASTINOS.

(Se continuará.)

CIUDADES ARTÍSTICAS.

TOLEDO.

I.



TOLEDO para un artista es un magnífico álbum, donde cada siglo ha colocado una página de piedra. Ver á Toledo, es leer á un mismo tiempo la historia de España y la historia de la Arquitectura. Así habla nuestro insigne D. Pedro Antonio de Alarcón en un artículo que dedicó á la imperial ciudad, diciendo ni más ni ménos lo que han dicho todos los viajeros ilustrados y discretos que la han visitado. Toledo es un museo, porque, gracias á la falta de vida que la población ha tenido desde ya lejanos tiempos, el moderno afán de revolverlo y renovarlo todo apenas ha penetrado en ella, y por consecuencia sus plazas y sus calles; las pintorescas cuevas, fatigosas para el vulgar viandante, embelesadoras para el poeta y el artista; las casas con labrados voladizos, ferradas puertas y rejas de labor admirable; la fisonomía, en una palabra, de pasadas épocas y de pasadas costumbres se conserva todavía en su recinto con una pureza de que se ven contadísimos ejemplos en las naciones más artísticas del occidente de Europa.

La impresion que Toledo causa al via-

jero con dificultad puede describirse, y desde ahora aseguro á mis bondadosos lectores que, por calor que ponga en este escrito, no alcanzaré de mucho á la realidad de las cosas. Recuerdo todavía, y recordaré siempre con singular viveza, la primera visita que hice á la inmortal ciudad. Érase un día de invierno, frío, como suelen serlo en ambas Castillas los del mes de Enero, y habia salido de Madrid en un tren que marchaba despues de anocheado y que llegaba á Toledo entre nueve y diez de la noche. Un cielo despejado, sin una sola rubecilla, dejaba que brillase en todo su esplendor la luna en el plenilunio. Bajé del tren, y en vez de tomar asiento en uno de los carruajes que llevan á los viajeros á la ciudad, resolví irme á pié; tomé por guía á un buen hombre que se ofreció á acompañarme, y esperé un ratito ántes de emprender la caminata á fin de que se desvaneciera el bullicio de carruajes y de recién llegados, que, si bien pequeño en comparacion de lo que sucede en otras estaciones de vías férreas, era muy grande y estruendoso para la quietud que, á mi ver, demandaba una ciudad en la que debe entrarse con religioso respeto. Cesó el bullicio, y solo con mi hombre me encaminé hácia Toledo.

Recostada la ciudad en el montículo que rodea el Tajo, se alzaba imponente iluminada por los melancólicos rayos de la luna. Pronto el puente de Alcántara con sus robustas pilas se dibujó ante mis ojos, y la bulliciosa corriente del río se dejó oír con ese atractivo rumor que añade vida y añade poesía á los espectáculos más bellos de la naturaleza. Líneas sinuosas acusaban las viejas murallas de la ciudad, que fué corte de Rodrigo y de los grandes Alfonsos de Castilla; sus puertas arábicas iban apareciendo en medio de misteriosa penumbra; la imponente mole del Alcázar dominaba todo aquel enjambre de casas

con la soberbia imperial de Carlos I de España y V de Alemania, y á medida que iba internándome en el confuso laberinto de sus calles, en demanda de posada, la imaginacion, que tiene poder de doble vista, presentábase por maravillosa manera á los ilustres próceres y á los sabios prelados que dieron renombre imperecedero á los Concilios toledanos; el último monarca godo leyendo el *Mane Tecel Phares*, que la tradicion asegura que vió en recóndito edificio; á Enrique de Trastámara, el rey fratricida, que duerme bajo las soberbias naves de la Catedral el sueño eterno; á los maestros moros y cristianos, que, con modestia sin igual en unos, y en otros con inspiracion casi sobrehumana, trazaron las obras bellísimas, asombro de cien generaciones; á aquellos caballeros de capa y espada y á las tapadas damas que en los siglos xv y xvi convertian en teatro de sus amorosas fazañas las enrejadas ventanas y las esquinas en las que la vacilante luz de un farol alumbraba la Sagrada Imágen del Redentor ó de su Santísima Madre. Todo esto veía en mi imaginacion al recorrer, á las diez dadas de la noche, en el día á que me he referido, las solitarias encrucijadas de la monumental Toledo, en cuyo piso resonaban mis pisadas y las de mi acompañante, cual si retumbaran en el hueco de cavidad inconmensurable.

Todas las épocas, conforme queda indicado, dejaron en Toledo rastros fehacientes de su paso y de la influencia que ejercieron en las costumbres y en los gustos de sus moradores. Déjese para los aficionados á los estudios arqueológicos investigar lo que resta del tiempo de los romanos y de la dominacion goda. Para el fin que llevan estos artículos, cual es dar á conocer una de las ciudades más artísticas de España, nos conviene limitarnos á más modernos tiempos, por cuya razon me ocuparé sólo en tres de los grandes pe-

riodos que comprende la historia de aquella ciudad, á saber: el de la dominacion arábica, el de la reconquista y el de la época imperial del Renacimiento.

Moros y judíos han dejado claras huellas de su paso por Toledo. Aire morisco tienen sus angostas calles; traza morisca se descubre en las casas y, especialmente,



SANTA MARIA LA BLANCA.

en los patios que casi todas ellas tienen; adornos moriscos de superior estilo hay en no pocos edificios, siendo preciosos los de estilo muzárabe, debidos al inge-

nio de alarifes moros; y por fin hasta en los mismos motivos del siglo xvi se nota la influencia de los atauriques, alicatados y prolizas filigranas del arte hispano

arábigo. A este estilo pertenecen la pequeña mezquita, hoy Ermita del Cristo de la Luz, y las sinagogas de Santa María la Blanca y del Tránsito.

En la antigua mezquita se celebró por primera vez el sacrificio de la misa después de la reconquista de Toledo. La tradición refiere que dos judíos se habían llevado á su casa la milagrosa Imágen del Santo Cristo, que en aquel lugar se veneraba, y que la enterraron en el establo, pero que un rastro de sangre descubrió el hecho sacrilego, por lo cual los judíos fueron apedreados. Añade la tradición que habiendo los enemigos del nombre cristiano envenenado los pies de la sagrada Imágen, que besaban sus devotos, á fin de salvar á los fieles de una muerte segura, la efigie retiró un pié al ser objeto de aquel acto de adoración, cuyo pié existe desclavado todavía.

Pertenece la sinagoga de Santa María la Blanca á los últimos tiempos de la dominación sarracena, ó primeros años de la cristiana, y es uno de los monumentos más notables del arte arábigo que existen en Toledo. Las tres naves en arco de herradura que se ven en su interior tienen una elegancia portentosa en sus líneas, y los motivos que decoran las arcuaciones se señalan por su sobriedad y por su exquisito buen gusto. No hay en Santa María la Blanca primor de detalles, pero la traza general de la construcción es felicísima y no la olvida quien la ha visto una vez siquiera. El grabado que acompaña á este artículo dará idea á nuestros jóvenes lectores del monumento descrito.

F. MIQUEL Y BADÍA.

(Se continuará.)

LOS GLOBOS AEROSTÁTICOS.

INSTRUIR deleitando, y deleitar moralizando, es la primera aspiración que nos

guía á cuantos tenemos el encargo de escribir para vosotros, mis amados niños, en este bello periódico. Tarea gratísima por cierto para quien os conoce como nosotros, y sabe perfectamente que bajo la capa del cielo, como suele decirse, nada hay más hermoso que el corazón de la infancia. Nada, por lo tanto, más dulce que enriquecerle de virtudes y de ciencia, aumentando los quilates de su extraordinaria belleza.

Pero es el caso que me ha tocado, por mi mala suerte, hablaros de ciencia, y esta señora suele andar en los libros vestida de muy severos atavíos, y con rostro más bien grave que risueño, rodeada de números y de cálculos y de enrevesadas figuras matemáticas, y no es cosa de principiar la tarea con tales aparatos, si he de ser vuestro amigo. ¿Qué hacer, pues, en tal aprieto? Ponerse al habla, según la expresión de los marinos, con esa empujorotada señorona, y pedirle que deje de vez en cuando su seriedad y sus alturas, y venga á divertiros con los variadísimos secretos que atesora, secretos tan guardados, que los hombres más sagaces apenas pueden arrancarlos con paciencia grande y con habilidad suma. Imaginémosnos abierto su gran libro, y tomemos de él algunas páginas tan sólo, de aquellas que más hieren vuestra imaginación. Para dar principio, nada más apropiado que emprender un viaje por los aires, porque el siglo XIX se ha empeñado en sostener que la tierra es habitación demasiado pequeña para la actividad del hombre, y que á todo trance se ha de disputar á las águilas su fresca mansión aérea.

Hasta el presente no ha encontrado la sabiduría de los mecánicos otro buque ni otro vehículo para lanzarse á las nubes que un pobre globo de tela, de esos que emplean los titiriteros, para hacer, como si dijéramos, su última habilidad tras de las consabidas piruetas. ¿No os ha ocu-

rrido alguna vez preguntaros por qué se elevan los globos al principio, y por qué vuelven á caer? ¿No habeis tenido curiosidad de saber quién fué el inventor de los globos, y quién el primer valeroso aeronauta? Pues allá voy yo á deciros algo sobre el particular, y de seguro no mirareis los globos en adelante como simple juguete de espectáculo, sino como cosa muy digna de atencion.

Si ponemos en el fondo de un lebrillo con agua una bola de corcho, en el momento de soltarla se eleva rápidamente á la superficie del líquido y allí se queda flotando como los barcos. Preguntemos la razon de ello á una persona vulgar, y nos dirá que el corcho es más ligero que el agua, y por eso no puede sumergirse. Está bien; y nosotros podriamos añadir que, áun cuando la bola fuese de hierro ó de plomo, seria posible hacerla subir dentro del agua, si la ahucásamos y le diéramos un gran volúmen, para que desalojara un peso de líquido mayor que el suyo propio. En esto precisamente consiste el misterio de que un navío enorme de guerra, fabricado de acero y lleno de cañones no se vaya á fondo. En otra ocasion quizás os llamaré la atencion sobre tan curioso fenómeno. Por ahora basta lo dicho para irnos entendiendo en lo referente á los globos.

Lo que sucede en el seno de los líquidos, se verifica tambien en el interior de los gases. Sabe todo el mundo que sobre la tierra, formando su abrigo protector, existe la atmósfera, dentro de la cual nos movemos como los peces en el abismo de los mares. La Providencia nos ha rodeado de ella, entre otros motivos, para que respiremos y vivamos á expensas del oxígeno que contiene. Pues bien; cuando haya un objeto que pese menos que el aire atmosférico, este objeto será elevado por él, como el agua empuja desde su fondo á las materias menos pesadas que ella. Bien á las

claras lo vemos todos los dias en el humo de las chimeneas, en el vapor de agua hirviendo, y, sobre todo, en las nubes, que se elevan por los aires, cual si careciesen de peso.

Los antiguos conocian como nosotros estos hechos; pero no les habia ocurrido aplicarlos á la navegación por los aires. Por primera vez se ocupó en ella, en el último tercio del siglo xvii, el P. Francisco Lana, jesuita de Brescia, quien, á juzgar por un grabado de aquella época (670), tenia conocimiento acabado del problema, si bien eran poco prácticos los medios de realizar su pensamiento. El navío habia de ser levantado por cuatro esferas huecas de cobre, de 20 piés de diámetro y de paredes mucho más delgadas que la hoja de lata, perfectamente vacías de aire. Para dirigirse contra los vientos, habian de manejar los aeronautas un pequeño timon y una vela de lona como en la navegación acuática. Como no fué posible construir aquellas esferas, ni hubiera sido tampoco posible extraerles el aire sin que se aplastaran, nadie tomó en serio tal proyecto, ni se cuidó de mejorarlo. Sin embargo, estaba dada la señal, y excitada la curiosidad de los hombres pensadores.

El P. dominico José Galien publicó en 1755 un opúsculo titulado «Arte de navegar en los aires», en el cual explanaba, como buen físico y matemático que era, todo un plan de aerostacion, y de haber seguido sus indicaciones un experto mecánico, es casi seguro que se hubiera anticipado algunos años la ascension de los globos; mas no tuvo ese placer aquel sabio durante su larga vida de 83 años. Fué tenido por iluso entre sus contemporáneos, y no obstante, al año de su muerte, dos hermanos fabricantes de papel, llamados José y Estéban Montgolfier, imbuidos de las mismas ideas de su paisano el P. Galien, realizaban el acariciado proyecto de elevar un globo con grande rapidez.

Hizose el primer experimento en Noviembre de 1782 en la ciudad de Aviñon,



JOSÉ Y ESTÉBAN MONTGOLFIER.

su patria, con globos de papel grueso, que llenaban de gas hidrógeno, el más ligero de todos los conocidos; pero viendo que dicho gas se escapaba muy rápidamente por los poros del papel, prefirieron emplear aire caliente y humo de paja quemada en la parte inferior del globo. Aprovechando la reunion de una especie de Congreso provincial en Annonay, comparecieron allí los dos hermanos, y desde la plaza pública lanzaron el 5 de Junio de 1783 á mil toesas en sólo diez minutos un globo de 35 piés de altura y de 110 piés de circunferencia. Pesaba 430 libras, y aún se le añadieron más de 400 libras de lastre.

Escusado es decir cuán ruidoso fué tal espectáculo, y como cundió por toda la Francia el éxito alcanzado por los hermanos Montgolfier. Invitóseles por la Academia de Ciencias de París á trasladarse á dicha capital, para repetir sus experimentos ante varias comisiones, como efectivamente sucedió, pues el menor de los referidos hermanos construyó un enorme

globo, le llenó de aire caliente á la vista de una multitud inmensa, y en medio de grandes vítores pudo lanzarlo por los aires con gran velocidad. Es de advertir, no obstante, que el público de París habia ya gozado del nuevo espectáculo, porque un mes ántes (Agosto de 1783) el fisico Charles, noticioso de lo acontecido en Annonay, se habia anticipado al inventor, y en el Campo de Marte hinchó de hidrógeno un globo de tela barnizada de caochouc, ó goma elástica, y, dejándole en libertad, se le vió subir como flecha disparada por el arco. A los siete dias de verificar su primer ensayo en París, realizó en Versalles Estéban Montgolfier otro por el estilo ante la Côte de Luis XVI y de una concurrencia inusitada de las poblaciones circunvecinas. Para producir mayor impresion en los espectadores, fué suspendida por medio de cuerdas una jaula con un carnero, un gallo y un ánade, los cuales descendieron sin haber sufrido quebranto alguno.

En vista de ello, ya supondreis, mis buenos lectorcitos, que no faltaria algun aventurero, deseoso de inmortalizar su nombre, siendo el primero en averiguar lo que sucede en la region de las nubes. Y hubo, en efecto, dos caballeros que solicitaron ese honor con grandes instancias, y para complacerlos, se construyó el grandioso y elegante globo, cuya figura veis, exornado con flores de lis, con los signos del zodiaco y con otros fantásticos dibujos, y, una vez lleno de aire caliente, se instalaron en una improvisada galería de la parte inferior, y saludando á la conmovida multitud, verificaron su ascension á cosa de un kilómetro de altura, caminando unas dos leguas desde el bosque de Boulogne. Desde aquella fecha (21 de Octubre de 1783) han sido innumerables los imitadores de Pilatre des Roziers, y del marqués de Arlandes, (así se llamaban los primeros aeronautas). Unas veces

con un objeto puramente científico, como Charles, Robert, Gay-Lussac, Glaisher, Bi-



xio, etc., otras veces por espíritu de novedad y en busca de impresiones, como Garnerin, inventor del paracaídas, su hija Elisa, Blanchard, Roberston, Godard y otros cien, se ha surcado el océano aéreo á merced de un poco de gas en todas las condiciones climatológicas posibles, y hasta se ha utilizado en tiempo de guerra ese nuevo instrumento para salvar las líneas enemigas, como en el último sitio de París, y para espiar los movimientos del ejército contrario, como en la batalla de Fleurus.

A fin de no prolongar demasiado este artículo, os diré en breves palabras el modo de calcular la fuerza ascensional de un globo, y cómo puede gobernársele para hacer ménos peligroso un viaje aéreo. Ante todo sabed que, segun un principio llamado de Arquímedes, todo cuerpo sumergido en un fluido (aire, agua) es impelido de abajo arriba con una fuerza igual al fluido que desaloja. Mas los globos se llenan siempre de hidrógeno, ó de gas del alumbrado, ó de aire caliente, todos los cuales pesan ménos que el aire ordinario, luego se elevan, si entre la tela, la barquilla y su red, las personas, el lastre y los instrumentos no dan un peso

que, unido al del gas interior del globo, exceda al del volúmen de aire desalojado por aquél. Con un ejemplo lo comprendereis sin vacilar. Supongamos ser el hidrógeno el gas destinado á henchir el globo. El peso de un metro cúbico de aire es 1 kilógramo y 290 gramos; el de un metro cúbico de hidrógeno 90 gramos; luego por cada metro cúbico que el globo ocupe, será impelido por el aire hácia arriba con fuerza de un kilógramo y doscientos gramos. De este empuje ha de restarse el peso de cuanto el globo lleve consigo. Basta para elevarse una diferencia de algunos kilógramos. No ha de llenarse totalmente el globo, porque en las capas superiores de la atmósfera es ménos denso el aire, á consecuencia de lo cual se hincha espontáneamente el globo y podría rasgarse.

Para lograr descender ha de darse salida al gas por una válvula manejada desde la barquilla del aeronauta, y para subir, en casos de riesgo, como el de caer en el mar, se arrojan unos saquitos de arena, que deben llevarse á mano. Claro está que ambos recursos duran poco al viajero, y por necesidad ha de ser de pocas horas su permanencia en el aire, aún en tiempos bonancibles. En los borrascosos, y, sobre todo, cuando encuentra vientos contrarios, no le queda otro expediente que dejarse llevar por ellos, ó procurar un descenso algo acelerado.

La direccion tan deseada de los globos sigue siendo el tormento de los sabios, porque, si bien hay máquinas muy poderosas para lograrlo, se tropieza con el obstáculo de que su peso va siendo tan enorme, en proporcion de la fuerza producida por ellas, que no hay globo capaz de sostenerlas.

B. FELIÚ.



LA PEREZOSA.

VEAN ustedes una niña que, siendo bella y buena, tiene un vicio abominable; la pereza. Ella posee libros, muñecas, juguetes de todas clases, piano, bastidores para bordar, neceseres, en fin, todo lo que puede halagar y entretener útilmente á una niña, que es inteligente, y tiene dos manitas muy sanas y muy listas; y sin embargo, se pasa los días sin hacer nada. Se sienta y se duerme, á las horas en que nadie



duerme, ó se pone delante del cristal del balcon, y se queda allí mirando las musarañas; ó se está media hora pasando la mano por el lomo de *Mustafá*, que es el gato, hasta que

éste se incomoda, y le arrima un arañazo; ó se vá á la cocina y se pone á hablar con la criada, una vizcaina que cuando habla dice una infinidad de heregías gramaticales, de las que algunas se le quedan en la memoria á la niña, y, á lo mejor, en visita, sale hablando como habla la cocinera.

Y todo por la maldita pereza.

SECCION DE DESARROLLO INTELECTUAL.

PROBLEMAS.

Un antiguo alquimista hizo un libro de panes de oro, y le entregó á otros sabios diciendo que el libro tenía tantas hojas como días cinco años.

Contaban y contaban y cada uno sacaba número diferente: ¿Cuántas hojas podía tener el libro?

Un labrador, arando un campo en el cual se hallaban de vez en cuando restos de sepulcros y habitaciones antiguas, encontró

un día una hermosa ánfora llena de oro acuñado en onzas de buena ley, y que llevaban todas el busto de Carlos III. Había 17 $\frac{1}{4}$ libras de ellas y se pregunta cuántos reales valia el hallazgo del pastor.

ACERTIJO.

Tengo dientes y no como;
Y es tan extraño mi ser,
Que á todos doy de comer
Y no pruebo lo que tomo.